

Ciudad Rodrigo”. La autora realiza un análisis formal, tanto de los aspectos escultóricos, a los que dedica mayor extensión, como de los arquitectónicos y pictóricos, que acompaña a un fundamentado estudio iconográfico que explica el significado de ambas obras. Fijadas esas premisas, la profesora Redondo se dedica a estudiar los valores escultóricos de las obras, entendidos en su contexto histórico y estilístico, apuntando datos reveladores en la trayectoria artística del escultor Lucas Mitata y su relación con el entorno escultórico de su época.

El interés del congreso por los aspectos restauradores se demuestra en tres artículos que atienden a la intervención en otras tantas obras singulares de la catedral. Las dos primeras se ocupan de los aspectos técnicos de las restauraciones de un sepulcro escultórico y un retablo pictórico, mientras que la tercera se interesa más por las cuestiones intelectuales y litúrgicas que motivaron las actuaciones en la capilla mayor de la catedral. Así, Félix Villegas trata la “Restauración del retablo de “La Quinta Angustia”, de la catedral de Ciudad Rodrigo (1999)”, obra vista en el trabajo anterior, mientras que Clemente Nicolás Tovar se ocupa de una intervención más reciente, “La restauración del retablo de “San Miguel Arcángel” de la catedral de Ciudad Rodrigo (2005)”. Por su parte Nicolás Martín Matías se centra en “Las transformaciones en la capilla mayor de la catedral de Ciudad Rodrigo en los últimos cincuenta años”.

M^a Dolores Campos Sánchez-Bordona aborda en “Las bibliotecas catedralicias en Castilla y León. El ejemplo de Ciudad Rodrigo” un tema novedoso. Profundiza en un edificio que hoy en día materialmente no existe y que tuvo su mayor importancia en el valor intelectual del que hizo gala; con su construcción y dotación se demuestra el interés mostrado por la catedral mirobrigense en conseguir una colección de libros acorde con la categoría del templo. El caso de Ciudad Rodrigo se encuadra dentro de la tendencia generalizada que se observa en las catedrales castellanas y leonesas entre finales del siglo XVI y comienzos del siguiente, y no ajena a lo sucedido en el resto de Europa. Todos estos aspectos, más la reconstrucción especulativa de la biblioteca mirobrigense a partir de la documentación conocida y los restos conservados, son tratados con rigor para determinar la importancia que se dio en su día a este espacio.

Eduardo Azofra en su trabajo titulado “Criterios de intervención en las actuaciones arquitectónicas acometidas en la catedral de

Ciudad Rodrigo en la Edad Moderna” se dedica a estudiar tres criterios distintos empleados en sendas intervenciones arquitectónicas realizadas en la catedral durante el siglo XVIII por tres arquitectos representativos de la segunda mitad de la centuria. El primero es el de la unidad de estilo y la pureza artística, aunque no descarta la emulación entre comitentes como motivación, representado por la obra de la capilla de Nuestra Señora de los Dolores (1728-30), realizada por Manuel de Larra Churriguera. El segundo es la apuesta por la modernidad que representaba el barroco de la época, plasmada en la capilla de la Virgen del Pilar (1748-53), levantada por fray Antonio de San José Pontones. El último se caracteriza por su pretensión de renovar la fisonomía de la catedral con la incorporación del lenguaje clasicista, como se puede comprobar en la torre, levantada según proyecto del arquitecto Juan de Sagarbinaga, y en la portada de poniente, tanto en el interior como en el exterior del edificio. Eduardo Azofra hace un análisis crítico de los tres tipos de intervenciones y aporta novedades interesantes en la interpretación de dichas obras.

Cierra el libro el capítulo de José Elías Díez Sánchez titulado “El Plan Director de la catedral de Ciudad Rodrigo. Intervenciones”. En él se distinguen tres apartados. El primero, con un amplio despliegue de plantas, alzados y secciones, resume el Plan Director elaborado en 1997 y aprobado oficialmente al año siguiente. En la segunda parte se pasa revista a las intervenciones realizadas en el monumento desde el año 1898 hasta 1993, realizando al mismo tiempo una valoración crítica. Por último, el autor trata las actuaciones llevadas a cabo desde la aprobación del Plan Director hasta nuestros días, así como las que están pendientes de ejecutar todavía.

Fernando Galván Freile

Emilio Morais Vallejo.

-
- Miguel Ángel ARAMBURU ZABALA HIGUERA, Celestina LOSADA VAREA, Ana CAGIGAS ABERASTURI, *Los Canteros de Cantabria*, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Cantabria, Santander, 2005.

Hace ya varios lustros que la Universidad de Cantabria, y de manera muy especial los profesores que integran el departamento de

Historia del Arte, entre los que se encuentran los autores de este libro, vienen dedicando parte de sus esfuerzos investigadores al Arte de la Cantería y a sus protagonistas, los maestros canteros oriundos de esa región.

El trabajo que ahora ha visto la luz es una buena síntesis de diversas investigaciones anteriores, en el que se pretende dar a conocer todos los aspectos relacionados con esta materia, dirigidos a un público más amplio e interesado en el tema y no exclusivamente a los especialistas en la arquitectura. Por ello no se trata de un diccionario más donde podamos encontrar las referencias biográficas y artísticas de los distintos canteros cántabros, ya que esta labor ha sido magníficamente realizada por alguno de los autores en otras obras anteriores. Ahora se nos ofrece una visión de conjunto de la multiplicidad de resortes que integra el arte de la cantería, en un lenguaje claro y sencillo, aunque plenamente riguroso, que facilita su lectura y comprensión. Por tal motivo el libro se estructura en siete capítulos donde se abordan las cuestiones socioeconómicas, los aspectos profesionales, la relación entre el arte y la ciencia, el papel desempeñado por los maestros canteros en la difusión de determinadas corrientes artísticas, sobre todo del clasicismo y del barroco, así como las transformaciones experimentadas en la cualificación y sistemas de trabajo de estos artífices en los siglos XVIII y XIX.

Entre las cuestiones sobre las que versa este libro, conviene resaltar dos aspectos en los que los autores han incidido más, quizás por aportar una visión novedosa y alejada de los tradicionales tópicos sobre la vida de los canteros cántabros. En primer lugar, se ha puesto de manifiesto la compleja organización social de estos artistas, la mayoría de ellos con título de hidalguía, lo que determinó la ausencia de gremios y el desarrollo de compactas redes sociales y endogámicas que tejieron un entramado de fuerte coexistencia y apoyo, lo que les permitió actuar en grupos y extenderse por toda la geografía peninsular, durante un amplio marco temporal que abarca desde el siglo XV hasta finales del siglo XVIII. En este sentido, el estudio analiza el fenómeno de la migración y marca los lugares de procedencia, con especial énfasis en el valle de Ansón y Trasmiera, así como las Juntas de Voto, Sietevillas, Ribamontan, Cudeyo, Sesto, y las Asturias de Santillana, entre otros lugares. Dentro de esta línea se concede un importante protagonismo a la organiza-

ción del taller como centro básico de la formación, a los sistemas de trabajo y a las categorías profesionales. Unido a estos últimos aspectos, los autores han demostrado que entre estos artífices no sólo fue importante la formación oral y práctica en los talleres, sino que también fue esencial la estrecha relación entre arte y ciencia y la profunda formación teórica que alcanzaron las figuras más sobresalientes del arte de la cantería. El papel desempeñado por los “cuadernos de cantería”, los tratados de monte y de estereotomía, así como el conocimiento de la tratadística italiana del renacimiento, que fueron de uso habitual entre la mayoría de los maestros. Esta completa formación teórico-práctica dio como fruto la una interesante actividad constructiva y artística por parte de los canteros de mayor reconocimiento y prestigio, como Rodrigo Gil de Hontañón, Pedro de la Peña, Juan de Herrera, Ribero Rada, Juan de Nates, Juan de Navega, nombres a los que debemos las mejores construcciones del clasicismo y del barroco hispano.

El texto del libro se acompaña de un buen repertorio fotográfico, planos y dibujos, tanto de conjuntos, como de detalles arquitectónicos, así como un completo índice onomástico y amplia bibliografía que trata de suplir la ausencia de aparato crítico a pie de página.

M^a Dolores Campos Sánchez-Bordona

- Catálogo de la exposición *Gracias a...La Comisión de Monumentos (1835-1970)*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, Soria, 2005, 141 páginas y Cd-Rom.

El creciente interés por la gestión de los bienes culturales y por las instituciones que se ocupaban de ellos, ha sido la causa de que en los últimos años hayan aparecido algunas publicaciones y otras tantas exposiciones con esta temática. Se ha abordado el tema de la historia y función de las Academias, de los museos, de las bibliotecas y archivos, de las Sociedades económicas de amigos del país y, como no, de las Comisiones de monumentos.

Este es el caso del catálogo en cuestión, realizado con motivo de la exposición temporal que ha tenido lugar entre octubre de 2005 y febrero de 2006 en el Archivo Histórico Provin-